

CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quijote.

TRES leguas deste valle está una aldea, que, aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la qual habia un labrador muy honrado, y tanto que, aunque es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que, el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña, fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas; ¡qué digo yo por las circunvecinas no mas, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes, y por los oidos de todo género de gente, que, como á cosa rara, ó como á imagen de milagros, de todas partes á verla venian! Guardábala su padre, y guardábase ella; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella, que las del recato propio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija, movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quién la entregaria, de los infinitos que le importunaban; y, entre los muchos que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo

pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió también otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecía que, con cualquiera de nosotros, estaba su hija bien empleada; y, por salir desta confusión, determinó decirselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiéndole que, pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y, de las buenas, que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé, que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor, Anselmo, y yo, Eugenio, por que vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente; pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazón vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar; el cual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitán que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo, de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala, y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y, dándole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres, de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacía tantos guisados é invenciones dellas, que, si no se los contaran, hubiera quien jurara que había hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veinte plumas; y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que, debajo de un gran álamo, está en nuestra plaza, y allí nos tenía á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: había muerto mas moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafíos, segun él decía, que Gante y Luna, Diego García de Paredes, y otros mil que nombraba, y de todos había salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas que, aunque no se divisaban, nos hacía entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y faciones. Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales, y á los mismos que le conocían, y decía que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, debajo de ser soldado, al mismo Rey no debía nada. Añadiósele á estas arrogancias, ser

un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera, que decían algunos que la hacía hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que también la tenía de poeta, y así, de cada niñería que pasaba en el pueblo componía un romance de legua y media de escritura. Este soldado, pues, que aquí he pintado; este Vicente de la Roca; este bravo, este galán, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra, desde una ventana de su casa que tenía la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes; encantáronla sus romances, que, de cada uno que componía, daba veinte traslados; llegaron á sus oídos las hazañas que él de sí mismo había referido; y, finalmente, que así el diablo lo debía de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél antes que en él naciese presunción de solicitarla; y, como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y, primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella tenía cumplido habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentándose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los cuadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto había, y, al cabo de tres dias, hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre; preguntáronle su desgracia; confesó, sin apremio, que Vicente de la Roca la había engañado, y, debajo de palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaría á la mas rica y mas viciosa ciudad que había en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y peor engañada, le había creído, y, robando á su padre, se le entregó la misma noche que había faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habían hallado. Contó también, cómo el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenía, y la dejó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiración á todos. Dificil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habían dejado á su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algun interés en que ella fuese mala ó buena; pero, los que conocían su discreción y mucho entendimiento,